

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

Eric J. Hobsbawm (1997),  
**Historia del siglo xx. 1914-1991,**  
Barcelona,  
Editorial Grijalbo, Col. Crítica, Trad. de Juan Faci, Jordi  
Ainaud y Carme Castells, 614 pp.

**Miguel Manríquez Durán \***

Entre las creencias más interiorizadas del hombre está la idea del tiempo y es por ello que, en los linderos del tercer milenio, no pueden faltar las reflexiones tanto revisionistas como prospectivas acerca de los cambios que ya ocurrieron o que están por suceder. Entre estas propuestas existen, por supuesto, las inteligentes y las que no lo son tanto. Por primera vez en la historia, la humanidad —al menos una gran parte de ella— sabe que estamos a punto de arribar a un nuevo periodo histórico; si consideramos que hace mil años los hombres de entonces no se dieron cuenta que llegaba un milenio, son explicables las expectativas que tal evento genera.

Si bien, desde hace unos cien años, escritores y científicos vaticinaban grandes catástrofes ante la llegada del siglo xx, no dejan de ser sorprendentes las similitudes entre los pensamientos y temores de aquellos hombres y los del presente. Una de las percepciones más generalizadas es la que refiere a que los acelerados y no previstos cambios tanto en el orden político y social, así como los sorprendentes descubrimientos científicos y técnicos que nos acercan a la resolución de los grandes problemas, indican el comienzo de una época

\* Profesor-investigador de El Colegio de Sonora. Se le puede enviar correspondencia a El Colegio de Sonora, Obregón 54, Centro, C. P. 83000, Hermosillo, Sonora, tel: 01(62) 12-65-51 y 13-17-64, c. electrónico: mmanríquez@colson.colmex.mx

distinta en la modernidad que tiene sus orígenes en el Renacimiento. Sin embargo, todo parece indicar que si bien ocurren significativos avances en la ciencia y la tecnología, si hemos progresado en casi todos los campos científicos y técnicos, ni los individuos ni las naciones resuelven sus problemas elementalmente humanos. Por otra parte, queda en el aire el contestar dos preguntas fundamentales: ¿qué es lo que hemos aprendido como civilización? y ¿cuáles son las interrogantes esenciales para el tercer milenio? Tales interrogantes tienen vigencia porque simple y sencillamente el futuro no está escrito en ninguna parte; tienen validez porque, paradójicamente, ante los avances de un progreso en distintos órdenes de la vida, persisten formas antiguas de ejercicio del poder.

En otro sentido, un intelectual es —según Roderic Camp— un pensador creativo que asume una postura crítica en la búsqueda de soluciones más humanas y racionales para los problemas contemporáneos desde una perspectiva de valores trascendentales y que trasmite sus ideas a un público amplio. Igualmente, puede decirse, en términos más sencillos, que el intelectual es todo aquel hombre que supone, en principio, que su interlocutor es un intelectual, es decir, un hombre capaz de tener pensamiento abstracto y verbalizarlo mediante ideas claras y comprensibles para los demás. Por tanto, la función del intelectual no es crear crisis sino poner en crisis las ideas de su momento a través de dos cualidades valiosísimas: su capacidad de intervención y su independencia de criterio y pensamiento. Por ello, los intelectuales contemporáneos que dan sentido a las mentalidades modernas tienen dos rasgos comunes: por una parte, la búsqueda visionaria de unidades culturales y la vuelta a los orígenes de la sociedad respecto a lo individual, sin contradecir valores universales (como la igualdad y la justicia) y, por otro lado, el apego a aquellos valores elementalmente humanos como la libertad, democracia, el pluralismo y la tolerancia.

Sin duda, uno de esos intelectuales que, junto a la voluntad de intervención y pensamiento creativo, suman la erudición y el arte de lo narrativo es Eric J. Hobsbawm (Alejandría, 1917). Por si ello fuera poco, Hobsbawm no es simplemente un historiador materialista marxista, sino que ha sido un militante la mayor parte de su vida, por lo que no es sorprendente su aversión a la narrativa

de la historia "por eventos", y propone una visión amplia, general y, sobre todo, atenta a los complejos procesos históricos. Junto con ello, las publicaciones de Hobsbawm tienen la característica de que trascienden, casi siempre, los ámbitos especializados y llegan a públicos amplios toda vez que su prosa elude hábilmente las áridas disertaciones sin renunciar a la erudición. Sus propuestas están cimentadas en un enfoque cuyo rasgo fundamental es la integración de hechos alejados en el tiempo y el espacio. En otras palabras: "la destreza para articular los análisis de las sincronías con las explicaciones de los movimientos y de las rupturas".

La calidad de su temática, su interés en las clases subalternas, su condición de marxista, su arte narrativo y su oficio de historiador hacen de la obra de Hobsbawm una de las aportaciones más lúcidas de la historiografía contemporánea y, al mismo tiempo, constituye una prodigiosa herramienta para transitar por los espacios de incertidumbre que las crisis modernas comportan. Artífice y protagonista del proceso renovador de la historiografía inglesa en los treinta, la obra de Hobsbawm tiene la característica de esas vigorosas propuestas: las obras pueden ser revisadas y aun superadas, pero el hecho es que plantean problemas torales y, en muchos casos, inéditos para el desarrollo civilizatorio. En una apresurada revisión de sus obras sobresalen trabajos como *Labours turning point 1880-1900* (1948), *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera* (1979), *Rebeldes primitivos* (1959), *Bandidos* (1969), *Capitán Swing* (1969), *Las revoluciones burguesas* (1964), *La era del Capitalismo* (1977), *En torno a los orígenes de la revolución industrial* (1971) e *Industria e Imperio* (1977), entre otros textos ya clásicos.

Para 1995, aparece de manera simultánea a su edición inglesa, *Historia del Siglo xx. 1914-1991* (Editorial Grijalbo, Colección Crítica, 1995) con traducción de Juan Faci, Jordi Anaud y Carme Castells. No obstante, en su edición inglesa este texto es, en sí mismo, una definición: *Tiempo Excepcional. El siglo xx corto 1914-1991 (Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991)*. En reciente artículo de marzo de 1997, Hobsbawm, en respuesta a una discusión con Lawrence Freedman, sostiene con extrema claridad que el objetivo de su texto es que "fue escrito como una advertencia para aquellos que vean la historia de este siglo en términos de una ideología a priori. Como lo señala mi libro, el Estado extendió su rango, poder y funciones

casi continuamente desde mediados del siglo XVIII hasta el último tercio del siglo XX, atravesando las ideologías y políticas de todos los regímenes”.

El libro de 614 páginas se divide en tres partes: La era de las catástrofes, La edad de oro y El derrumbamiento. La primera de éstas contiene siete capítulos que inician, precisamente, con el estallido de la guerra a partir del incidente de Sarajevo: la época de la guerra total; la revolución mundial; el abismo económico; la caída del liberalismo; contra el enemigo común; las artes, 1914-1945; y el fin de los imperios. La segunda parte se conforma con seis capítulos: la guerra fría; los años dorados; la revolución social, 1945-1990; la revolución cultural; el tercer mundo; y el socialismo real. La última parte se forma con seis capítulos: las décadas de crisis; el tercer mundo y la revolución; el final del socialismo; la muerte de la vanguardia: las artes después de 1950; brujos y aprendices: las ciencias naturales; y el fin del milenio. Dada la precisión de sus títulos, sin mucha dificultad pueden inferirse, a partir del índice mismo, los focos de interés que privilegia Hobsbawm en este todavía no aprovechado libro.

El autor estructura las tres partes del texto iniciando con una época de catástrofes que va de 1914 hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial a lo que le sucedió una “edad de oro” de corta duración caracterizado por el inédito crecimiento económico y las profundas transformaciones sociales que “probablemente transformó la sociedad humana más profundamente que cualquier otro periodo de duración similar”. Estos años dorados van de la Guerra Fría hasta el socialismo real, pasando, por supuesto, por las revoluciones sociales y culturales. La última parte, “el derrumbamiento”, comprende desde las crisis económicas de los setenta hasta el final del socialismo, sin olvidar los avances científicos y el desarrollo de la cultura moderna en donde los vertiginosos cambios económicos, las profundas contradicciones sociales, la lenta descomposición ideológica y la sombría incertidumbre moral parecen ser el sino de los últimos años del milenio. Sin embargo, hay —según Hobsbawm— tres transformaciones esenciales que caracterizan a este siglo: el mundo ya no es eurocéntrico, en lo económico el mundo está destinado a convertirse en una unidad operativa única y, en tercer lugar, la lenta desintegración de “las antigua pautas por las que se regían las relaciones socia-

les entre los seres humanos y, con ella, la ruptura de los vínculos entre las generaciones”.

Provisto de tal periodización, Hobsbawm intenta recuperar, “comprender y explicar por qué los acontecimientos ocurrieron de esa forma y qué nexo existe entre ellos. Para cualquier persona de mi edad que ha vivido durante todo o mayor parte del siglo xx, esta tarea tiene también, inevitablemente, una dimensión autobiográfica, ya que hablamos y nos explayamos sobre nuestros recuerdos (y también los corregimos). Hablamos como hombres y mujeres de un tiempo y un lugar concretos, que han participado en su historia en formas diversas”. Para Hobsbawm, la pérdida de “memoria histórica” obliga a los historiadores a “ser algo más que simples cronistas, recordadores y compiladores” ya que la tarea de éstos “consiste en recordar lo que otros olvidan” porque “la destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo xx”.

Tal vez parezca apresurado desarrollar la historia de lo que fue este siglo complejo y contradictorio toda vez que los fuertes contrastes entre la violencia y la intolerancia, las guerras tribales y el desarrollo científico, dificultan la cabal comprensión de estos tiempos. Sin embargo, para Hobsbawm la explicación e interpretación de este periodo resulta crucial para entendernos como civilización y, para ello, se detiene en eventos y transformaciones sociales, políticas y económicas; en el desarrollo y avances científicos y tecnológicos; en los procesos artísticos y el surgimiento de nuevas culturas; en las alteraciones de la vida cotidiana y la crisis de la institución de la familia; en los novedosos enfoques de la mecánica cuántica (teoría unificada) y el sentido de la posmodernidad. Como a primera vista puede colegirse, en Hobsbawm, la insólita amplitud de enfoque pretende dar una imagen de conjunto con un claro punto de llegada: “No sabemos a dónde vamos, sino tan sólo que la historia nos ha llevado hasta este punto y —si los lectores comparten el planteamiento de este libro— por qué. Sin embargo, una cosa está clara: si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas ba-

ses, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es, la alternativa a una sociedad transformada, es la oscuridad”.

Finalmente, el libro de Hobsbawm tiene, a mi juicio, dos aportaciones: la primera de ellas es que, bajo un riguroso ejercicio relacional, provee elementos fundamentales para entender nuestro tiempo y, en segundo término, nos recuerda que un futuro promisorio sólo es posible si aspiramos a lo mejor, sin ignorar lo peor.